

SEDE APOSTÓLICA
SECRETARÍA DE ESTADO
Tarcisio Bertone, Cardenal-Secretario de Estado

Discurso

ENCUENTRO DEL CARDENAL SECRETARIO
DE ESTADO CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO ACREDITADO ANTE LA SANTA SEDE

Encuentro del Cardenal Secretario de Estado con el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede

29 de septiembre de 2006

Señoras y señores embajadores:

Me alegra acogerlos, excelencias, en el momento en que comienzo mi nueva misión de Secretario de Estado, que me ha confiado Su Santidad el papa Benedicto XVI, al que renuevo mis sentimientos de profunda gratitud. Nuestro primer encuentro común es para mí un momento importante y esperado. Deseo que, un día cercano, todos los países estén representados ante el Sucesor de Pedro. Quiero agradecer de viva voz los mensajes que me habéis enviado con ocasión de mi nombramiento, y os pido también que transmitáis mi profundo agradecimiento a vuestros Gobiernos por las felicitaciones que me han dirigido. Estas muestras de simpatía fueron para mí un apoyo cuando me preparaba para asumir este cargo. Agradezco también a su excelencia el profesor Giovanni Galassi, vuestro decano, las amables y cordiales palabras que acaba de dirigirme en vuestro nombre.

para avanzar juntos por el camino de la concertación, a fin de contribuir a la edificación de una sociedad en la que cada persona, cada familia, tenga su lugar y pueda vivir con serenidad, aportando su colaboración al bien común. Vuestra misión hace que estéis atentos al servicio prestado por la Iglesia en todas las partes del mundo. En las cuestiones políticas, os considera a vosotros, que sois aquí los representantes de vuestros países ante la Sede Apostólica, *interlocutores privilegiados* de la Secretaría de Estado, cuyos miembros estarán siempre dispuestos a ayudaros en vuestra misión.

Nuestros contemporáneos esperan que los diplomáticos, en la parte que les corresponde, contribuyan a establecer y a mantener «*un orden internacional, el arte de instaurar relaciones humanas razonables entre los pueblos*» (Pablo VI, Discurso al Cuerpo Diplomático, 8-1-1968). Desean también que los diplomáticos sean *constructores de paz*, «*servidores de los intereses de los pueblos*» (cf. Juan Pablo II, Discurso al Cuerpo Diplomático en Friburgo, 13-6-1984), hombres del derecho, de la razón, del diálogo sincero, y que promuevan un impulso renovado de solidaridad entre todos los pueblos, especialmente para revisar la cuestión de la deuda de los países más pobres, a fin de que nunca más haya personas, sobre todo niños, que mueran de hambre o de enfermedades endémicas; que no haya nunca más víctimas inocentes de guerras o conflictos locales; que nunca más alguien sea maltratado por sus convicciones o sus creencias.

Urge un compromiso universal en favor de los más necesitados del mundo, de los más pobres, de las personas que buscan a menudo en vano de qué vivir y hacer vivir a su familia. La dignidad, la libertad y el respeto incondicional de todo ser humano en sus derechos fundamentales, en particular su libertad de conciencia y de religión, deben estar entre las preocupaciones primordiales, puesto que debemos ser solidarios con la situación y con el futuro de nuestros hermanos y hermanas, sin quedarnos indiferentes ante los sufrimientos que desfiguran al hombre y que cada día están ante nuestros ojos.

Sé que en cuanto diplomáticos estáis particularmente atentos a estas delicadas cuestiones en todo el mundo. Pienso especialmente en la violencia, con todas sus formas, infligida a las mujeres, en los niños nacidos o por nacer. La defensa de la vida, desde su concepción hasta su fin natural, así como la defensa de la familia fundada en el matrimonio, son también temas esenciales en la vida social. Pablo